

MISCELANEA

Para llegar al reconocimiento que se plasma en las dos páginas anteriores, fué preciso sumar una larga serie de factores como los que se han ido recogiendo a lo largo del libro: en el prólogo y las semblanzas de la primera parte, en el recuerdo de los investigadores extranjeros, donde tanto pesa el afecto personal de horas de vida en común como la competencia en el conocimiento de la vida salvaje, en el exceso de trabajos enviados desde cualquier parte del mundo por quienes fueron compañeros, colaboradores o corresponsales, en la presencia de grupos ecologistas provinciales que notan la pérdida de un guía, un maestro y sobre todo, un amigo.

Sería tarea imposible pretender componer un colofón exhaustivo que cerrase el libro con recuerdos personales gráficos y escritos. Por eso sólo van, a título de ejemplo, apuntes aislados de fotografías que evocan distintos momentos de su trayectoria vital, un solo artículo propio de sus muchas colaboraciones en publicaciones especializadas y el eco del homenaje que sus paisanos almerienses le rindieron en 1.986, primer aniversario de su muerte y donde se decidió la publicación de este libro.

Aunque es bien conocido que “nadie es profeta en su tierra”, con Antonio Cano no se ha cumplido el dicho popular y sus esfuerzos por defender lo que su gran amigo Miguel Angel Blanco ha llamado siempre “una tierra almeriense para vivir”, le han convertido en el gran profeta de la ecología de nuestro entorno.



El zarcero común en la Sierra de Cazorla, Junio 1.960. (Tomado de ARDEOLA)



Espátula adulta junto a su nido. Detrás, a la izquierda, una Garceta común. Doñana (Huelva), 1.959. (Tomado de ARDEOLA).